

Tres notas de piano, dos poemas y un paraguas

Amaranta



Capítulo 1

Te recuerdo como una silueta, como un fantasma de lo desconocido, del miedo...

"Te diré una cosa," me dijo, un día en el que la lluvia caía sin control sobre las calles de mi barrio.

Fue una pena haberlo conocido en aquel momento, porque ninguno de los dos era capaz de describir sus sentimientos con exactitud, sin miedo. Fue una pena haberlo conocido con las lluvias del otoño, porque todo lo que nace de la decadencia está destinado a morir en un suspiro.

"Nunca llegaremos a conocer la realidad," susurró, casi a las tres de la mañana. "No del todo."

Le encantaba pensar. Pensaba casi todo el tiempo, cuando nadie lo miraba, cuando el ruido de lo cotidiano no se colaba en su mente.

Que triste que nunca llegara a contarme la mitad de lo que pasaba por su cabeza, que triste que nunca llegara a pensar en los sentimientos ajenos y que fuera esa, sin avisar, la razón por la que se marchó.

"¿Sabes qué?" Le dije yo. "A veces no hace falta conocerlo todo."

Y lo sé. Lo sé porque yo nunca llegué a conocerlo del todo.

Capítulo 2

Primera parte

Tres notas de piano

Querido chico del paraguas,

Era lluvia y una pena que todo se redujera a meras gotas de agua cayendo del cielo.

Tú estabas mirándome de frente, casi como si yo te resultara más que atractiva, como si visualizaras todos mis pensamientos frente a ti. Como si pudieras *conocerme*.

Era lluvia y una pena que el sonido del piano solo bastara para unir dos almas rotas, desgraciadas y completamente antagónicas.

Tú te sentaste delante de las teclas blancas y negras y la melodía dejó de manar del instrumento para hacerlo de tus manos. Y tú ya no eras tú, sino música. Y yo ya no era yo, sino miedo.

Era lluvia y una pena que tu mente fuera el mapa de una ciudad en ruinas y mi corazón un reloj que avanzaba del revés, a ciegas.

Tú me pediste poesía y me abrí heridas en el pecho, de donde brotaron flores. Yo te pedí a ti, pedí algunos latidos de tu corazón inerte. Solo algunos. Una y otra vez.

Era lluvia y una pena que esta no sirviera para mantener a aquellas flores con vida, porque te las llevaste contigo y las dejaste morir.

Tú eras lluvia y tres notas de piano.

Y fue una pena.

Capítulo 3

Aurora nunca había conocido el amor más allá de lo que veía en las películas de Nicholas Sparks. Se sentaba frente a la televisión con expectación insana y esperaba el momento en el que una lagrimita recorriera su mejilla. Esto ocurría poco, pues en los últimos meses había llegado a reconocer el inconfundible patrón que seguía la trama de cada una de las películas. E incluso habiendo dado con la fórmula, tenía la sensación de que era incapaz de aplicarla a su vida diaria.

Cuando conoció a Daniel, hacía ya un tiempo, se había propuesto por todos los medios conquistarlo y mantenerlo en su vida. Se encontró a sí misma inventando situaciones absurdas que había visto o leído en alguna ocasión y hasta llegó a creer que estaba funcionando.

Por supuesto, nada de lo que ocurre en las películas sucede en la realidad, y Aurora supo entonces que antes de los créditos iniciales, alguien debería haber escrito una advertencia: "No hacer esto en casa. No recomendado para personas con grandes expectativas en el amor".

Aurora no estaba enamorada de Daniel, cuando lo miraba solo veía escenas de película flotando frente a sus ojos y el método infalible que creía capaz de hacerla feliz, fue la nota sentenciadora que la llevó al fracaso más absoluto.

Daniel no creía en el amor. Había convivido con él y había acabado por destruirlo. Lo reconocía como un viejo amigo al que era incapaz de perdonar. Cuando conoció a Aurora, hacía ya un tiempo, creyó ver en su mirada el saludo inconfundible de aquella amistad olvidada. Le entró pánico, por supuesto, porque cuando te rompen el corazón una vez, uno espera siempre que ocurra de nuevo.

Sin embargo, Aurora traía consigo un amor diferente, teñido de nostalgia y vestido con otros atuendos menos amargos, más llamativos. Daniel confundía siempre la máscara tras la que se ocultaba el traidor y para cuando cambió la estación, comprendió que aún no había superado su miedo y que todavía no podía dormir sin mirar antes debajo de la cama.

Aurora quedó devastada y sin saber donde meter tantas historias románticas fallidas que nunca más podría poner en práctica.

Daniel se fue abrumado, consciente de todas las heridas que todavía adornaban su piel y que le impedían descubrir que no era a Aurora a quien temía, sino su calidez desconocida que creía enemiga.

Capítulo 4

Tres notas de piano

2

¿Cuántas veces más habrían de decirle que iba a morirse para que dejara de fumar? Carlos lo pensaba mientras que, sentado en un banco de la plaza mayor, el cigarro que sostenía entre los labios iba consumiéndose. Estaba leyendo una antología poética que sostenía con cuidado entre sus manos y que bien podía haber pertenecido a su abuelo. La había encontrado perdida entre los cajones del escritorio de roble que ocupaba el austero estudio en el que ya varias generaciones de los Hidalgo habían perdido la vida por culpa del engañoso arte de fumar.

Carlos era guapo. Todo el mundo que lo conocía hablaba de lo atractivo que resultaba y lo sorprendente que era que aún estuviera solo. Carlos, además, tenía carisma y siempre conseguía lo que se proponía. Todo el mundo que llegaba a conocerlo admiraba sus cualidades y se sorprendía de que nadie aún hubiera llegado a apreciarlas para quedarse.

Carlos, que leía con intencionada lentitud las palabras de un poeta de otro tiempo, sabía que no podía estar a la altura del papel que le habían encomendado. Y mucho menos desde que su padre muriera hacía tan solo unos meses.

Como sigas así, Carlitos, nos vas a dar a todos un disgusto, le había dicho su madre cuando, solo unas horas después del funeral de su padre, esta lo vio fumando. Y Carlos quería explicarle que fumaba para morir, que no había encontrado forma mejor de suicidarse que esa. Pero no se lo dijo porque no podía explicarle los motivos de su insatisfacción. Su madre no habría comprendido y él no quería hacer que comprendiera.

Cuando su padre murió, echó a Ana de su casa. Le pidió que se marchara y que no volviera a llamarlo y, mientras veía en su mirada como el desconcierto se transformaba en lágrimas, comprendió que la marcha de Ana sería el fin de la vida tal y como la había conocido. Ya no tenía fuerzas para intentar amar. Quería poder, pero no era capaz. Siempre había un *clic* que desactivaba el mecanismo que lo mantenía con esperanzas, y cuando sucedía, no podía más que sentirse frustrado.

Volvió a casa después del funeral con una sensación amarga, un vacío incesante y un libro de poesía que le costaba leer sin deshacerse. Ana no estaba y aunque no quería que volviera, una parte de sí mismo echó de

menos su presencia acogedora.

Carlos no sabía que, mientras leía y recordaba, mientras las palabras de los poetas se mezclaban con sus pensamientos de desesperanza, Julia salía de una cafetería de la plaza mayor con el que tan solo una semana más tarde sería su exnovio y que, tan solo dos meses más tarde volverían a verse. Tampoco sabía que a partir de ese día ya no tendría que volver a escuchar ningún *clic* más en lo que le quedara de vida.

Capítulo 5

Tres notas de piano

3

Mientras la lluvia inunda el mundo fuera de su habitación, cayendo inexorable sobre las calles desiertas, Adriana comprende lo mucho que odia su vida. Y no es por quejarse, porque cada vez que enciende la televisión y ve una noticia trágica suceder a otra, la insatisfacción se le pasa hasta que empiezan los deportes. Pero es que desde que Luis empezó a salir con aquella chica que ella ya había conocido antes en otra ocasión, todo le parece más dramático, más deformado. No puede más que pensar en su vida como una imagen de la que solía ser reflejada en un espejo cóncavo. Ojalá Valle-Inclán pudiera oírla.

Hace justo cuatro meses y una semanas que debería haber dejado de importarle lo que Luis hace o deja de hacer. Exactamente una semana por cada mes que estuvieron juntos. Sin embargo, se encuentra a sí misma preguntando a sus amigas en más de una ocasión y a pesar de que lo eliminó de sus amigos en Facebook, su perfil aparece en las recomendaciones con alarmante frecuencia. Tanta, que ahora sabe que se ha apuntado al gimnasio, que ha vuelto a hablar con su hermano después de dos años y que estuvo a punto de afeitarse la barba que ella tanto odiaba.

Adriana no entiende por qué todo lo que parecía estable en un momento acabó por derrumbarse, dejándola en mitad de un vacío desconsolador. Parece que solo podía salvarse uno de ellos de las catastróficas consecuencias de la ruptura y no tiene más que mirar a su alrededor para comprobar quién ha perdido la batalla.

Cuando enciende el cigarro y llama a Julia, se sorprende al recibir un sollozo ahogado. No le hace falta preguntar para saber lo que ocurre, porque reconoce en el sonido que mana del otro lado de la línea su propio llanto. Ya han pasado cuatro meses y una semana, pero todavía recuerda asustada el sabor amargo del desconsuelo.

Ven.

Es la única palabra que Julia pronuncia antes de deshacerse en lágrimas. Y Adriana no puede verlas, pero las oye. Huele la sal y respira el dolor que brota de los ojos de Julia. Tiene miedo de enfrentarse a la situación, de enfrentarse a su propio dolor reflejado en otro corazón y convertido en otra historia.

Pero Adriana desenchufa el móvil que apenas ha cargado hasta el cuarenta por ciento de batería y tras maldecir al amor dos veces, se quita los pantalones del pijama y se viste en condiciones. Coge el paraguas que Luis olvidó en su casa y que es el único paraguas que tiene y sale a la calle.

Entonces el cielo le parece un poco menos gris y la lluvia un poco menos pesada. Y se da cuenta, casi a la fuerza, de la triste e inocente tragedia que había querido cargar a las espaldas como cruz de penitencia. Por suerte, había dejado de creer en los milagros de los rosarios hacía mucho tiempo y comprendía que si refugiarse en el paraguas de Luis le parecía ahora un gesto intrascendente, era porque un nuevo camino se estaba abriendo ante ella.

Y pensaba recorrerlo hasta el final.

Capítulo 6

Tres notas de piano

4

Eres demasiado joven, tú no tienes ni idea, le había dicho Gonzalo, mientras el ruido de los coches que circulaban por Gran Vía se hacía ensordecedor. Tú que vas a saber, Juanito, si hasta ahora solo te has sacado la carrera y por los pelos.

Y era verdad, Juan lo sabía, desde el momento en el que un milagro lo golpeó para anunciarle que su nota de selectividad se había dilatado lo suficiente como para alcanzar el ocho con seiscientos cuarenta y dos que necesitaba para entrar en comunicación audiovisual. En un principio le resultó fantástico, increíble, asombroso, y su familia celebró con revuelo la noticia, por todo lo alto, mi Juanito, que va a la universidad, repetía su madre, que ha sacado muy buena nota, decía. Pero meses más tarde, cuando se encontró solo ante los libros, las cámaras, los proyectos fallidos, las crisis de inspiración, entendió que más le hubiera valido suspender aquellos exámenes que tanto lo habían alterado en junio.

Tú que vas a saber, Juanito, repetía Gonzalo, si hasta mi hermano Carlos tuvo que volverse de Suiza porque no aguantaba más, y eso que le fue de puta madre.

Pero Juanito no tenía ni idea de qué era el mundo, ni puta idea, se decía, cuando Gonzalo se ponía en aquel plan, para anclarlo a la acera, para pegarlo al suelo de unas calles que se conocía de memoria porque no tenía ni puta idea del mundo. Yo lo que quiero es irme, irme de aquí y hacer algo grande, aunque tú te rías, Gonzalo, aunque me llames loco ahora, se quejaba entonces. Pero Gonzalo sacudía la cabeza, y como su madre, se limitaba a abrirle puertas menos caras, más cercanas, menos ambiciosas para su inocente visión de la realidad.

Tú que vas a saber, Juanito, le repetía, si has hecho cuatro garabatos de milagro y te han aprobado para no tener que aguantarte. Pero Juanito sabía que no eran cuatro garabatos, y que todos aquellos meses que le habían costado un año más de carrera, para ampliar sus posibilidades y dibujar nuevas líneas, acabarían por compensarle.

Tú que vas a saber, Juanito, se dijo a sí mismo el día que se marchó, en aquel vuelo que tanto le había costado ahorrar a base de dejar de beber cerveza los viernes. Pero y qué van a saber ellos, Juanito, si no tienen sueños ni los quieren tener.

Capítulo 7